

suele haber un fuerte componente subjetivo. No obstante, todo el mundo sabe que las memorias son una fuente inestimable para los historiadores: en ellas se pueden encontrar acontecimientos poco conocidos, la percepción que un personaje o un grupo tenía de una determinada situación; el análisis comparativo de las memorias de distintos autores puede arrojar luz sobre las relaciones interpersonales, las redes de amistades o las colaboraciones en un entorno (en este caso el romano y el vaticano), puede llevar a comprender las distintas motivaciones, aspiraciones, acciones y reacciones que tejieron la historia de un grupo humano en una época determinada» (Carlo Pioppi, [Recensión sobre: *Nei dintorni di Gerico: ricordi degli anni con san Josemaría & con Giovanni Paolo II*], «Studia et Documenta» 3 (2009), p. 445).

Estas percepciones son compatibles con las que valoran positivamente el estilo y la finalidad que persigue el autor, marcados por la vitalidad, la mirada aguda y la adhesión incondicional a la Iglesia: «Espero que algunas de estas reflexiones y testimonios personales le hayan sido útiles [al lector] y, sobre todo le hayan ayudado –por encima de las miserias de parte de sus hijos– a comprender y a amar más la grandeza de este instrumento divino de salvación del mundo que es la Iglesia de Jesucristo» (p. 384).

Fernando Puig

Pontificia Università della Santa Croce

DOI: 10.48275/setd.18.2024.22

Alfredo MÉNDIZ, *Tomás Alvira: vida de un educador (1906-1992)*, Madrid, Rialp, 2022, 369 pp.

¿La vida de un educador del siglo XX puede tener interés para ser biografiada? Sólo por el hecho de atravesar los tan diferentes regímenes políticos que conoció ese siglo, la elección que Alfredo Méndiz ha hecho de la de Tomás Alvira interesaría. Nace en 1902, con Alfonso XIII estrenándose como monarca; conoce a su futura mujer en 1926, durante la Dictadura de Primo de Rivera; se licencia y da sus primeros pasos profesionales cuando se proclama la II República; se traslada a Madrid para preparar las oposiciones y estalla la guerra civil; se casa, tiene hijos, trabaja durante los años del franquismo y continúa con la misma actividad cuando llega la democracia a España. Muestra que las personas viven y desarrollan sus talentos en la sociedad en la que se encuentran, surcando los avatares políticos ajenos a veces a ellos, navegando en ocasiones con el viento a favor y otras en contra.

En el título de la obra, *Tomás Alvira: vida de un educador (1906-1992)*, Méndiz destaca su dimensión pedagógica, sin embargo, la aproximación que realiza a su semblanza es poliédrica y, por tanto, más rica. Da cabida a su vida personal y aparece un dato fundamental: Alvira es uno de los tres primeros supernumerarios del Opus Dei, lo que dota a la biografía de un interés especial pues permite rastrear en ella lo genuino de esa espiritualidad nacida a inicios del siglo XX.

Ciertamente su vida se define por una trayectoria profesional dedicada a la enseñanza: maestro, catedrático de enseñanza media, directivo de varios centros educativos. Enseñaba Ciencias Naturales, pero lo que realmente le apasionaba era educar de manera global: a los alumnos para que desarrollasen su personalidad, a los maestros rurales, a los futuros profesores, a los padres. Inventó modelos y metodologías para cada uno a lo largo de su dilatada vida: gabinete de psicología, excursiones didácticas por el campo, experimentación. Se dedica con afán a los maestros rurales, acompañando, desde 1943, a Víctor García Hoz en las Misiones Pedagógicas. Con el tiempo, entre los dos diseñan la Escuela de Formación del Profesorado de Fomento que se inaugura en 1978. Los padres se benefician de sus escritos sobre educación, de sus conferencias y charlas y con la formación que desde 1957 les dirige en la Escuela de Padres en el Instituto Ramiro de Maeztu.

Alfredo Méndiz narra la vida de Alvira siguiendo el esquema cronológico que avanza apoyado en dos patas: lo acontecido alrededor de su trabajo y lo que hace relación a su vida familiar y personal. No hay fisura entre ellas. Podría decirse que la huella que deja en el trabajo nace de su personalidad y dota de una impronta particular lo que toca. En su primer destino como maestro y después director, en Cervera del Río Alhama en 1935, destaca ya algunas de sus cualidades: iniciativa, preocupación por mejorar la vida de los demás, cordura. Se adelanta a reformar la escuela en ruinas, sin esperar a que lleguen los permisos y subvenciones oficiales. Con la ayuda de un albañil diseña las instalaciones en las que incluye un comedor y una sala de juegos para que tengan un lugar digno los chicos que acuden desde otros pueblos en bicicleta. En 1936, hace gala de su apuesta por la moderación frente a la violencia. Unos militantes socialistas amenazan con quemar una iglesia y un grupo de obreros católicos se dispone a responder con las armas. Alvira les disuade y se ofrece a presentarse como único defensor de la iglesia, sin armas ni cargos políticos, solo con las palabras. Dichas cualidades se constatan a lo largo de la cronología en obras de clara repercusión social que siguen dando frutos y han sido exportadas a otras naciones: puesta en marcha de una red de colegios de padres, clubs juveniles, cursos de orientación familiar.

Funda una amplia familia, nueve hijos, a los que educa basándose en dos principios: libertad y ejemplaridad, que aplica también en el ámbito profesional. Momento estelar fue su actuación como director, entre 1950 y 1957, del Colegio Infanta María Teresa. Transforma aquel lugar de resonancias militares, propias de un colegio de huérfanos de la Guardia Civil, en algo con tono más familiar. Relaja la disciplina –desaparecen los calabozos, los castigos corporales y humillantes– reestructura las instalaciones –elimina los vestigios de cuartel, construye pistas de deporte, piscina– e inicia un gabinete psicológico experimental para diagnosticar y estudiar los problemas de los alumnos. Se preocupa de su formación espiritual, pero elimina la obligatoriedad de la asistencia al culto religioso. Fomenta la libertad. Ciertamente influye en el ambiente la presencia de su mujer e hijos, con los que se traslada a vivir allí. Consigue que los internos que no podían irse en verano pudieran ser acogidos durante esos meses de calor en una Academia de la Guardia Civil cerca de la sierra.

En el relato cronológico se descubren temas susceptibles de profundización para otros estudios monográficos, como el alcance de su labor educativa, de escritor y conferenciante y la esencialidad de la vocación al Opus Dei en su modo de ser. Cuando en 1937 conoce a su fundador, Josemaría Escrivá, descubre un modo nuevo y profundo de vivir su cristianismo que le marcará para siempre como para siempre será la amistad que se estableció entre ambos. En medio de la guerra aprende a dar importancia a lo permanente –escondidos entre bombas hacen un retiro de varios días– a no dejarse dominar por el miedo, por la violencia, el odio o el rencor. Aprende a solucionar las cosas aportando algo y entrega su vida a la educación, a su novia, a sus hijos, a Dios, al Opus Dei.

Tomás Alvira es el relato de una persona corriente cuya existencia el autor ha rescatado integrando en un relato homogéneo las distintas fuentes en las que ha bebido: archivos institucionales y especialmente los personales de quienes le trataron, lo que dota de riqueza a esta biografía.

María Merino
Universidad de Valladolid
DOI: 10.48275/setd.18.2024.23

Joaquín NAVARRO-VALLS, *Mis años con Juan Pablo II: notas personales*, Madrid, Espasa, 2023, 635 pp.

Transcurridos ya seis años desde el fallecimiento de Joaquín Navarro-Valls (1936-2017), la editorial Espasa, del grupo Planeta, ha publicado las anotaciones personales sobre los casi cinco lustros que este médico y periodista cartagenero transcurrió al frente de la Oficina de Prensa de la Santa Sede durante la mayor parte del pontificado de san Juan Pablo II (1984-2005) y el inicio del pontificado de Benedicto XVI (2005-2006). Abre el libro una presentación de Diego Contreras, profesor de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, en la que narra con elegancia y sencillez la historia de las notas. Cierra el volumen un emotivo epílogo, titulado *A su manera*, escrito por el catedrático y académico Rafael Navarro-Valls, hermano del mundialmente conocido *portavoce* vaticano. La calidad de la edición es excelente.

Desde que Navarro-Valls dejó su cargo en 2006, muchos esperábamos con interés unas voluminosas y cuidadas memorias de su trabajo en el Vaticano. Navarro-Valls barajó esta posibilidad, e incluso llegó a firmar un contrato con una editorial estadounidense, como nos explica Contreras, pero pronto desistió (p. 10), probablemente por falta de fuerzas. Y es que, por más que se empeñara, no tardó en advertir que, en cuestiones vaticanas, en horas veinticuatro, no se pasa de las musas al teatro, si se me permite emplear la famosa expresión de Lope de Vega.

Los innumerables acontecimientos de nuestra historia humana vividos por Navarro-Valls como testigo directo, en calidad de estrechísimo colaborador del papa